

Sociología, socialismo e individualismo en *La división del trabajo social* de Émile Durkheim. Las reseñas críticas de sus contemporáneos

Pablo Nocera (UBA)

hcs1_nocera@yahoo.com.ar

La sociologie n'a pas à prendre de parti entre les grandes hypothèses qui divisent les métaphysiciens. Elle n'a pas plus à affirmer la liberté que le déterminisme.

Émile Durkheim

Introducción

Para 1892, más precisamente el 24 de marzo, Durkheim remitía el manuscrito de su tesis doctoral *De la division du travail social* a las autoridades de la Faculté des Lettres de la Sorbonne. Se publicaría como libro más de un año después. En palabras de Mauss, la tesis se había gestado como producto de una década de meditaciones que giraron, desde un principio, en la oposición entre individualismo y socialismo: «Durkheim conocía muy bien el socialismo en sus propias fuentes: Saint-Simon, Schaeffle y Karl Marx, del que un amigo finlandés, Neiglick, lo había puesto al tanto durante su estancia en Leipzig» (1992 [1928]: 29). Desde luego, ese amplio espectro de preocupaciones emergía de un múltiple debate que atravesaba las nacientes *sciences sociales*; por entonces, todavía se advierten no pocos solapos entre las posiciones de la sociología y el socialismo. Toda la labor previa de formación y estudio, cuya coronación fue la tesis doctoral, dejó constancia del posicionamiento del joven Durkheim en torno a una oposición conceptual cuyas aristas, no sólo en el ámbito político, sino también en el académico, proponían múltiples desafíos al frágil amanecer de la Tercera República.

En este marco, el escrito analiza la recepción de la tesis doctoral en la voz de las reseñas bibliográficas que fueron publicadas a poco de su edición en la editorial Félix Alcan, tomando como referencia: a) las posiciones de Durkheim en torno a la tensión individualismo – socialismo en los escritos previos a 1892 y en la tesis doctoral; b) la desagregación de las posiciones que marcaron su primera recepción y las claves que cifraron su valoración y críticas, en principio, en el horizonte francés. En ese contrapunto se ensayan algunas conclusiones preliminares sobre la particular ubicación en la que se emplaza la tesis durkheimiana, frente a las tensiones teóricas larvadas en el campo de las ciencias sociales, y las tensiones políticas expresadas en el horizonte republicano.

Itinerario de un binomio conceptual – Reseñas, artículos y Tesis

Aunque paradójicamente la palabra *socialismo* no tenga una sola aparición en la tesis doctoral, Durkheim supo invocarla frecuentemente en el trayecto de publicaciones de juventud previas a la edición de aquélla. A menudo ensortijada con *individualismo*, los términos fueron un canal de transmisión del seguimiento crítico de reseñas sobre obras de contemporáneos, nacionales o extranjeros, partícipes por igual de las inquietudes que desde hacía más de dos décadas convocan simultáneamente las preocupaciones prácticas y teóricas. Por cuestiones de

espacio se vuelve difícil monitorear detalladamente la emergencia de ambos conceptos. Tomando las más representativas apariciones, dos reseñas son particularmente ejemplares. La primera de ellas (1885) se encuentra dedicada al extenso primer volumen de Albert Schaeffle (1831-1903), *Bau und Leben des socialen Körpers* (segunda edición-1881). Esta obra se presenta, declaradamente, en la línea de la amplia reflexión que hasta el momento habían desarrollado tanto Comte como Spencer. La mirada sociológica que se delinea en sus páginas se inscribe en una perspectiva más ambiciosa, más próxima a una filosofía social de corte organicista, en la que también encolumna a Littré y Lilienfeld como exponentes de peso. Durkheim aprecia un aspecto fundamental de la obra: la perspectiva realista. Desde allí se puede asediar el fundamento individualista de la sociedad, a menudo presente en la filosofía y economía políticas, y proyectar una genuina pretensión de autonomía para la disciplina: «La sociedad no es una simple colección de individuos; es un ser que ha precedido a aquéllos de los que hoy en día está compuesto y que los sobrevivirá, que actúa sobre ellos más de lo que ellos actúan sobre él, que tiene su vida, su conciencia, sus intereses y su destino» (Durkheim 1885a: 355). Con ese punto de partida, la reseña se abre paso con una estrategia triple: por un lado, el rescate de las categorías ofrecidas por Schaeffle y la importancia de pregonar un método; en segundo término, la relación entre sociología y ciencias sociales que Durkheim vindica en las posiciones de su par alemán; finalmente, las comparaciones que sus aportes permiten realizar con las perspectivas que se vienen desarrollando en Francia. Aunque en ella abundará la referencia al individualismo como la mirada a la que el realismo de Schaeffle fustiga, la noción de socialismo queda difuminada aquí para aparecer más claramente en 1886 en una reseña conjunta dedicada también a Spencer, Coste, Burdeau y Arreat.

La segunda de las reseñas estaba destinada a su coterráneo Alfred Fouillée (1838-1912), filósofo de cuño espiritualista que para entonces ya contaba con siete libros publicados, abocados fundamentalmente a tópicos de filosofía clásica; corolario, muchas veces, de publicaciones previas que repartió, en la mayoría de los casos, entre la *Revue philosophique* de Ribot y la *Revue des deux mondes*. Entre esos trabajos destacaba su tesis doctoral, *La Liberté et le Déterminisme* (1872) al que sumó, años después, la aparición de *La science sociale contemporaine* (1880). Este último hizo que sus reflexiones se ubicaran como punto de referencia para pensar el cruce entre filosofía política y los nuevos abordajes de la filosofía evolucionista y sus proyecciones sociológicas. Con el trasfondo de *Sociétés animales* de Espinas y el peso de las obras de Spencer en el medio local, Fouillée intentaba plasmar una síntesis conciliatoria entre el modelo del contrato social de Rousseau y el organicismo de aquellos, a la que rotuló *organisme contractuel* (Rosanvallon, 2004: 269-270). Convencido de que las formas del determinismo social no obturaban la faz voluntaria de la vida individual, Fouillée intentaba superar la consabida oposición individualismo-socialismo, apelando a una invocación de las asociaciones, término medio entre la sociedad y el individuo, en cuyo seno la libertad y la cohesión social podían desplegarse en cierta armonía. Con ese trasfondo, Fouillée presentó en 1884 *La propriété sociale et la démocratie*. Su objetivo principal era poner en entredicho las teorías de la propiedad en términos absolutos, plasmadas antitéticamente en el liberalismo y en el socialismo. En lugar de esas posiciones absolutas, propondrá una síntesis superadora que denominará *propiedad social*. A su juicio, el trabajo humano que origina la propiedad encierra un doble componente: la voluntad individual y los objetos provistos por la

naturaleza y la sociedad. Si la autonomía de la voluntad y la propiedad se asocian es porque la dimensión material de la segunda es la condición de posibilidad de la primera: la propiedad material es la base de la propiedad de sí. Ahora bien, esa propiedad no se alcanza sólo por el accionar individual. Para Fouillée, ella no podía garantizarse sin una activa y protagónica participación del Estado, cuya labor debería orientarse a lograr cierta redistribución económica, a sostener una educación republicana, y a garantizar la efectiva vigencia del sufragio universal. Si estas condiciones se reúnen, se lograría una auténtica *democracia social*.

Durkheim puntualiza las inconsistencias que emergen de las posiciones que Fouillée presenta en una de las aristas de su idea de democracia social. Nuestro autor cuestiona la forma en que su par resuelve el problema de la conciencia de sí misma que podría alcanzar la sociedad por medio del sufragio. La participación ciudadana unifica y hace homogéneas las diferencias que estructuran al organismo social, cuya peculiar característica es la división de tareas. Con el sufragio, todas las jerarquías y diferencias podrían diluirse, dando paso a una manifiesta atomización del orden social. A diferencia de la forma en que la había tratado en la *La science sociale contemporaine*, Durkheim advierte que en esta obra posterior, Fouillée parece «desconocer la naturaleza orgánica de la sociedad» (Durkheim, 1885b: 451), particularidad que lo habría conducido más directamente a tener que sostener una postura más bien de corte socialista y que éste rechaza de plano. Por esa razón, nuestro autor le cuestiona la homologación lineal que Fouillée realiza entre el pensamiento de Schaeffle y el «socialismo despótico», rescatando las diferencias y aportes que el autor germano planteaba, en sintonía con la reseña que antes comentamos. El método de la «conciliación» de Fouillée resuelve dialécticamente algo que los hechos parecen refractar. En pocos años más, Durkheim verá otra forma de pensar la democracia que hará pie en las asociaciones que Fouillée refiere, pero que se vincularán con el funcionamiento estatal en otro registro, fuertemente atado a los aportes de la sociología: el fundamento científico de la solidaridad social.

En el artículo de 1887 sobre *La ciencia positiva de la moral en Alemania*, Durkheim recupera a menudo el término *socialismo* para dar cuenta de las posiciones de los referentes teutones encolumnados tras el *Kathedersocialismus* (socialismo de cátedra), rescatados por Durkheim como muestra de un saludable vínculo que sus referentes plantearon entre economía y moral (Durkheim 1887: 268), en donde, con un recorrido alternativo a los postulados de la tradición manchesteriana, ubicaban los intercambios económicos en un análisis que contemplaba toda la complejidad que muestran los fenómenos sociales, evitando las consabidas abstracciones de sus contrapartes anglosajonas. Del mismo modo, la prioridad analítica otorgada al individuo, que desborda, por consiguiente, en una concepción de la sociedad como mera suma de partes (*i.e.* el punto de vista liberal), es el blanco de ataque al que apuntaban Wagner y Schmoller, para quienes la sociedad es un verdadero ser. En ese sentido, Durkheim valora en el mismo artículo, que la *Volkswirtschaft* rechace las abstracciones características que condensa el *homo aeconomicus*, y reconozca la importancia de la función de la moral en la constitución de la sociedad (ídem 1887: 271). Concebir la sociedad como un organismo, estructurado en base a ciertas funciones, permite repensar el alcance y proyección de la libertad individual. Dejando de lado la perspectiva utilitarista, las posiciones teutonas reclaman un lugar central para el análisis de las costumbres y de la historia («primer germen de donde han nacido sucesivamente el derecho y la moral, puesto que la moral y el derecho solo son hábitos

colectivos» [ídem 1887: 275]), desde donde fustigan la filosofía del derecho natural. Así es como Durkheim vindica que son esas perspectivas las que ponen bajo la lupa la figura del legislador y su voluntad omnipresente, con la cual se podría orientar o torcer cualquier curso de organización social. Varios de esos ejes serían retomados en la tesis e integrados conceptualmente, ya no como una tensión en un binomio conceptual, sino como dos caras de una misma realidad encorsetada en la noción de *solidaridad*.

Editada la tesis, la obra se encaminaba a pensar la especificidad de la división del trabajo social como forma concreta que adquiere el lazo social (solidaridad orgánica) en las sociedades industriales, intentando formular una aproximación con pretensiones científicas.¹ En pocas palabras, la división del trabajo es un hecho que debe analizarse de forma neutral no sólo porque es irreversible, sino porque es condición de posibilidad del desarrollo mismo y expansión de la vida en colectividad.² El razonamiento de Durkheim se aleja del motivo escocés de la economía política en el cual la división del trabajo es el sostén técnico que permite incrementar indefinidamente la productividad y la riqueza de los hombres. Por el contrario es un fenómeno específicamente moral: «Preguntarse cuál es la función de la división del trabajo es, pues, buscar a qué necesidad corresponde; cuando hayamos resuelto esta cuestión, podremos ver si esta necesidad es de la misma clase que aquéllas a que responden otras reglas de conducta cuyo carácter moral no se discute» (Durkheim 1993 [1893]: T1 67).

Si la postura durkheimiana se aleja de las posiciones dieciochescas, es a condición de pensar que el efecto moral de la división del trabajo (crear vínculos de solidaridad, *i.e.* interdependencia), por cierto, es mucho más importante que las consecuencias específicamente económicas que trae aparejadas. Firme a la postulación comteana, Durkheim prioriza las consecuencias morales del proceso, evitando con ello dejar el concepto atrapado en la red conceptual que emplaza la noción de civilización. En otros términos, Durkheim duda del carácter moral de la civilización, mientras que afirma, *au contraire*, el aporte indudablemente moral de la división del trabajo: «Aun cuando hoy esté muy en uso responder a las diatribas de Rousseau con ditirambos en sentido inverso, no se ha probado todavía que la civilización sea una cosa moral. Para dirimir la cuestión no puede uno referirse a análisis de conceptos que son necesariamente subjetivos; sería necesario conocer un hecho que pudiera servir para medir el nivel de moralidad media y observar en seguida como cambia medida que la civilización progresa» (Durkheim 1993 [1893]: T1 68-69)³. El argumento así presentado pone en evidencia la dificultad que emplazaba el tratamiento comteano de la noción de civilización (Condorcet – Saint-Simon) para un abordaje sociológico. El concepto, en su generalidad y abarcabilidad, no

¹ La apertura de la tesis doctoral de Durkheim enfatiza denodadamente la necesidad de establecer las bases teóricas de una ciencia de la moral, lo cual implica inevitablemente quitar cualquier registro moral de las formulaciones científicas. [A menos que se aclare, las traducciones son propias].

² Es evidente en este punto que Durkheim quiere evitar el matiz negativo que las tradiciones germanas ponían en el fenómeno en cuestión (Marx – Simmel – Tönnies). Sin embargo, tampoco quiere repetir las connotaciones utilitaristas que podían concebir los referentes escoceses de la economía política (Smith – Ferguson).

³ La cita continúa en estos términos «Desgraciadamente, nos falta esta unidad de medida; pero poseemos una para la inmoralidad colectiva. La cifra media de suicidios, de crímenes de toda especie, puede servir, en efecto, para señalar el grado de inmoralidad alcanzado en una sociedad dada. Ahora bien, se hace la experiencia, no resulta en honor de la civilización, puesto que el número de tales fenómenos mórbidos parece aumentar a medida que las artes, las ciencias y la industria progresan. Sería, sin duda, una ligereza sacar de este hecho la conclusión de que la civilización es inmoral, pero se puede, cuando menos, esta cierto de que, si tiene sobre la vida moral una influencia positiva y favorable, es bien débil» (Durkheim 1993 [1893]: T1 13).

permite una indagación que controle la expansión especulativa del objeto y por ende vuelve sus formulaciones una forma más, de la retórica que emplearan los sistemas filosóficos. Por ello, el autor plantea un desplazamiento del concepto de civilización al de división del trabajo. Vaciando de referente empírico al primero, concede toda la «materialidad» al segundo, cuya función social es crear nuevos lazos de solidaridad: «[...] si la división del trabajo no llena otra misión, no solamente no tienen carácter moral, sino que, además, no se percibe cuál sea su razón de ser. Veremos, en efecto, cómo por sí misma la civilización no tiene valor intrínseco y absoluto; lo que la hace estimable es que corresponde a ciertas necesidades. Ahora bien, y esta proposición se demostrará más adelante, esas necesidades son consecuencias de la división del trabajo» (Durkheim 1993 [1893]: T1 73).

Esta operación con la cual Durkheim saca del centro de la escena la noción de civilización para colocar en su lugar la de división del trabajo, remite también a cierta desconfianza frente a las bondades de su expansión. No deja de ser peculiar que asocie la marcha de la civilización con el consecutivo crecimiento de los suicidios. Las referencias a ese comportamiento paralelo advierten la debilidad moral que expresa la civilización como estímulo al fortalecimiento del lazo social. «Ahora bien, el suicidio no aparece sino con la civilización. Por lo menos, el único que se observa en las sociedades inferiores en estado crónico, presenta caracteres muy particulares que hacen de él un tipo especial cuyo valor sintomático no es el mismo» (Durkheim 1993 [1893]: T2 22).

La división del trabajo aparecía para Durkheim como la solución a la pregunta que sostenía su tesis «¿Cómo es posible que, al mismo tiempo que se hace más autónomo, dependa el individuo más estrechamente de la sociedad? ¿Cómo puede ser a la vez más personal y más solidario?; pues es indudable que esos dos movimientos, por contradictorios que parezcan, paralelamente se persiguen?» (Durkheim 1993 [1893]: T1 55-56). Como forma novedosa de sostener la interdependencia entre las personas, la solidaridad (orgánica) logra conciliar la diferencia que caracteriza las sociedades modernas como producto de su continuo proceso de expansión y diferenciación. La división del trabajo social hace posible el crecimiento de la densidad y el volumen poblacional que las sociedades modernas evidencian en su curso de desarrollo. Si la división del trabajo es una categoría central, es porque expresa un comportamiento específico de la solidaridad. Esta última es la forma en que se condensa el vínculo social entre las personas.

Solidaridad fue un concepto clave en la segunda mitad del siglo XIX francés. Corporizó no sólo un eje ideológico que permitía tomar equidistancia del liberalismo clásico y de los remolinos socialistas; ofrecía también una novedosa forma de conciliar una política de intervención y presencia estatal con ciertos imperativos republicanos que ocupan el centro de la problemática coyuntura francesa. Irrigó de múltiples maneras la filosofía (Renouvier), el derecho (Bourgeois – Duguit) la economía (Gide) y claro está la sociología (Fouillée – Espinas y el propio Durkheim). Esta apuesta analítica durkheimiana se hallaba respaldada también por la importancia que el modelo de división del trabajo y solidaridad había obtenido en el análisis del campo de la biología y la medicina. Edmond Perrier había actualizado el modelo de Adam Smith para explicar el funcionamiento de las colonias animales. Claude Bernard no dudaba en referir al funcionamiento de los órganos como una verdadera solidaridad social. Los delgados límites entre las ciencias naturales y las ciencias del hombre fueron usufructuados por

Durkheim, quien en la tesis no duda en desplegar una matriz biologicista para detallar sus argumentos. El sociólogo de los hechos sociales también se acopla a la crítica francesa al darwinismo social y al modelo de competencia de la economía anglosajona. No es la competencia vital el único modelo de comprensión de funcionamiento de las sociedades y si tuviera que serlo, a lo sumo será una «lucha dulcificada».⁴ La asociación (*i.e. solidaridad*) implica una forma de relación no mediada por la lucha sino por cierta armonía equilibrada a partir del reparto de funciones (Durkheim 1991 [1893]: T2 73).

Para el sociólogo alsaciano, la solidaridad implica un vínculo entre personas, que de acuerdo al peso y protagonismo de la conciencia colectiva tenía dos maneras fundamentales de expresarse. La *solidaridad mecánica*, acorde con sociedades más arcaicas, implicaba un peso fuerte de la conciencia colectiva donde no quedaba espacio para la presencia del sujeto como individuo. La metáfora durkheimiana intentaba mostrar que las partes (engranajes) se mueven sólo si el todo lo hace. Como contrapartida, la *solidaridad orgánica* advertía una lógica distinta. Las partes (órganos) tienen una autonomía relativa del movimiento de la totalidad (cuerpo). La distensión de la conciencia colectiva permitía al individuo gozar de cierta autonomía que, salvando su especificidad, no obstante, lo insertaba en una red de interdependencias crecientes que la división del trabajo social estructuraba.

No es casual, entonces, que la mayor frecuencia de aparición del término *individualismo* se plasme en el capítulo VI del libro II «Preponderancia progresiva de la solidaridad orgánica y sus consecuencias (*continuación*)». En pocas palabras, el gradual crecimiento de la figura del individuo (*i.e. individualismo*) es el resultado de la expansión de la solidaridad debida a las diferencias, objeto mismo de la tesis. En esas páginas es donde las diferencias con Herbert Spencer (1820-1903) se volvían más palpables. Spencer era el autor más citado en toda la tesis. Frente a la mirada del pensador inglés que veía en las sociedades primitivas una opresión del individuo como resultado de su forzosa organización militar, Durkheim consideraba, por el contrario, que la conciencia individual no se distingue en ese medio de la colectiva, y que recién con la aparición de los jefes y la autoridad que detentan, se vuelve gradualmente posible la emergencia de la personalidad individual. El individualismo es el resultado histórico del despliegue de la solidaridad debida a la expansión de la división del trabajo.

En simultáneo a la invocación al *individualismo* y, como dijimos, frente a la ausencia de la referencia al *socialismo*, Durkheim también en este capítulo concentra la casi totalidad de las menciones que el libro hace al término «*comunismo*». Como antónimo del primero, la noción se vuelve una apelación dúctil para graficar el funcionamiento de la solidaridad mecánica, no sólo como momento histórico primitivo, sino también como expresión de la relación entre la parte y el todo: «El comunismo, en efecto, es el producto necesario de esta cohesión especial que absorbe al individuo en el grupo, a la parte en el todo» (Durkheim, 1993 [1893]: T1 223). Ya sea en su forma primitiva próxima a la «horda», o en las formas que recrea el «comunismo familiar», la apelación durkheimiana permite graficar en esa dinámica grupal, la primacía de las semejanzas que inhiben, conciencia colectiva de por medio, cualquier constitución autónoma de sus miembros. Desprovistos de connotaciones políticas o doctrinarias, ambos

⁴ «La división del trabajo es, pues, un resultado de la lucha por la vida; programa es una solución dulcificada. Gracia a ella, en efecto, los rivales no se ven obligados a eliminarse mutuamente, sino que pueden coexistir unos al lado del otros» (Durkheim, 1993 [1893]: T2 52).

términos parecen remitir a la oposición que Tönnies había formulado en *Gemeinschaft und Gesellschaft* en 1887 y que Durkheim había reseñado, a los dos años de su publicación.

No fueron pocas las aristas teóricas que se abrían con la tesis doctoral. Durkheim conjugaba de modo inteligente las tensiones políticas que cruzaban el horizonte liberal y socialista que disputaban las formas de la República en su tercera formulación en menos de una centuria, pero de igual modo enfrentaba las amenazas conservadoras que frente a ellas también latían, no sólo bajo aspiraciones clericales, sino también declaradamente anti-ilustradas. Esa multiplicidad fue captada de manera divergente en la pluma de varios lectores contemporáneos que justipreciaron, en distinto tenor, los aportes que el joven *normalien*, invocando el programa de una ciencia de la moral, brindaba a las *sciences sociales* en su primera gran obra.

Las lecturas divididas de *La división del trabajo*

La recepción de *La división* tuvo un eco diverso en el seno de las publicaciones científicas francesas. No es casual que la temática allí abordada interpelara en simultáneo a múltiples perspectivas teóricas e incluso políticas. Desde publicaciones consagradas a la filosofía, pasando por la economía, el derecho, la psicología y la sociología, hasta las consideraciones vertidas por un órgano de difusión de cierta vertiente del socialismo, la tesis de Durkheim recogía en esas lecturas un haz de apreciaciones –no pocas veces críticas— en donde no sólo se advierten los lineamientos teóricos, en varias oportunidades, de prominentes autores contemporáneos, sino también, en el caso de los menos reputados, los vectores disciplinares que sostienen cada una de las revistas en las cuales se publicaron las reseñas. Siendo firmadas en su gran mayoría, las reseñas oscilan desde la mera mención que captura una idea general del libro, más próxima a una noticia que a un análisis, hasta las que con más detenimiento hacen pie en la estructura de la obra, reponen sus desarrollos principales y condensan un balance crítico. Aunque es un corpus reducido, en comparación a las reseñas que recibirán los textos posteriores de Durkheim, se advierte una sustantiva recepción que, en varios casos, se publica en las mismas revistas en las que el joven sociólogo tuvo previas colaboraciones. Tomando como referencia principal los casos de las publicaciones francesas, encontramos de acuerdo al campo de conocimiento o ámbito de extracción, las siguientes publicaciones que alojaron críticas a la tesis durkheimiana: a) en el campo de la filosofía, la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger* y la *Revue de métaphysique et de morale*; b) como exponentes de la economía, la *Revue d'économie politique* y el *Journal des Économistes*; c) como órgano de expresión del socialismo independiente, *La revue socialiste*; d) como expresión de la novel sociología, la *Revue Internationale de Sociologie* y finalmente e) como referencia del campo de los estudios de derecho, la *Revue de droit public et science politique*. El cruce disciplinar de la recepción mostraba, en primera instancia, la variedad de tópicos que concentraba la obra del joven tesista, pero de igual modo, y con mucha elocuencia, el mapa de competencias y solapos que las diversas formas de expresión de las *sciences sociales* mostraban en su interior, en el dificultoso trayecto de su delimitación, disputas y preeminencias teóricas.

Filosofía

La *Revue philosophique de la France et de l'étranger* fue una de las naves insignias del sello editorial Germer-Baillière y luego de Félix Alcan. Bajo la dirección de Théodule Ribot

(1839-1916) a lo largo de cuatro décadas (en 1916 lo sucederá, luego de su fallecimiento, Lucien Lévy-Bruhl [1857-1939]), la revista tuvo un alcance formidable en el campo de las humanidades, superando en mucho los límites de la filosofía. Con una formación inicial apegada al asociacionismo de cuño anglosajón, Ribot aprovechó sus aportes para cimentar paulatinamente un programa de psicología en la década de 1870 y que años más tarde reforzaría con los aportes de la psicología experimental germana, en particular los de Wilhelm Wundt (1832-1920). Con ese trasfondo, el *Prefacio* del número inicial de la *Revue* realizó una convocatoria a futuros colaboradores; definida, en primera instancia, por su apertura y amplitud: «La *Revue Philosophique* cuya publicación comenzamos se propone estar abierta a todas las escuelas. Por esa razón no tiene que hacer ninguna profesión de fe [...]» (Ribot, 1876: 1). Esa primera declaración advierte que se pretende dejar de lado el espíritu más sectario que definió, salvando sus diferencias, los proyectos de Littré o Renouvier.⁵ Explícitamente declara la intención de no ser el «órgano de ningún sistema» convocando tanto a nacionales como a extranjeros a nutrir sus páginas. Con ese mismo espíritu se pretende evitar el encierro sobre sí, que hace de las revistas de doctrina una suma de aportes destinados esencialmente a la crítica y a la polémica con adversarios. Por el contrario, la *revue* ofrecería a las distintas posiciones «un terreno neutro, en donde ellas puedan producir, encontrarse y estudiarse». Puesto que la finalidad de la publicación es dar «un cuadro completo del movimiento filosófico», se apuesta a la libertad de exposición de todas las escuelas. Desplegando este abanico aperturista a las grandes tradiciones imperantes, sólo se habrán de excluir –afirma Ribot– artículos consagrados a doctrinas ya conocidas, cuya única característica sea el «remozarlas sólo por medio de un talento de exposición literaria» (Ribot, 1876: 2). A pesar de esta declarada amplitud, se hace visible que la apuesta de la revista será priorizar una filosofía que se recueste en los principios de la «escuela experimental». Para ello, la psicología se convertirá en el saber faro, cuya actualización a través de la rigurosidad que ofrece el método científico, permitiría estudiar los mecanismos de la razón humana. A pesar de esta aproximación específica, la amplitud de campos de conocimientos que la *Revue* cobijaba, le permitió al propio Durkheim publicar en sus páginas más de una decena de colaboraciones entre artículos y reseñas, como vimos, con antelación a la aparición de la tesis doctoral.⁶

En sus páginas, el magistrado Gabriel Tarde (1843-1904) se encargó de llevar adelante una cuidadosa reseña del primer libro de Durkheim. Con una labor previa, y muy prolífica en la *Revue*, al calor de la prioridad otorgada al punto de vista psicológico y al estudio de la imitación en los procesos sociales,⁷ Tarde hizo de ella una plataforma de difusión de sus puntos de vista, nutriendo con más de una veintena de colaboraciones el trayecto de 1880 a 1893. La

⁵ «Con la fundación de una publicación filosófica podemos proponernos ser los intérpretes exclusivos de una doctrina, los representantes de un sistema único y por esa razón no aceptar que nada se aparte de él. Pero no es esa nuestra intención. Existen en Francia publicaciones de ese género que cumplen su tarea con habilidad y ardor. Pero nos parece que, a la par de ellas, hay lugar para un trabajo de otro orden que también tendría su utilidad» (Ribot, 1876:1).

⁶ *Les règles de la méthode sociologique* se publicaron inicialmente en la *Revue* en 1894 en los nros. 37 y 38, desagregados en cuatro artículos.

⁷ Para esa fecha Tarde ya contaba con tres libros publicados: *La criminalité comparé* (1886), *La philosophie pénale* (1890) y el más reconocido *Les lois de l'imitation* (1890). Por este último obtendría un reconocimiento nacional e internacional, en el que desarrolla cómo la *imitación* es el factor clave explicativo de los fenómenos sociales.

confluencia de sus intereses en materia de criminología y de la naciente sociología entraba en clara sintonía con los abordajes de la tesis durkheimiana.

La reseña de Tarde integraría también dos obras más: la traducción de la *Lutte des races* del polaco Ludwig Gumplowicz (1838-1909) y *La lutte entre sociétés* del ruso Yakov Aleksandrovich Novikov [Jacques Novicow] (1849-1912). Aunque la reseña organiza una lectura a menudo vertebrada en la comparación de las tres obras, se advierte, no obstante la especificidad con la que trata el primer libro de Durkheim. El recorrido presentado, ciertamente crítico, comienza con el reconocimiento de la centralidad que ocupa en la tesis el tratamiento de la *solidarité*, a la que Tarde remite, en la comprensión de los grupos, a la «similitud imitativa de sus miembros» (Tarde, 1893: 619). Más allá de encontrar en este aspecto un punto de contacto que mancomuna los tres autores reseñados, Tarde pasa luego a una franca ofensiva en la que cuestiona los siguientes aspectos de *La división*. En primer lugar, la falta de consideración del conflicto, guerras o episodios de lucha que permiten pensar cambios sociales (ídem: 625). A su juicio Durkheim no deja espacio a lo «accidental, lo irracional [...] ni siquiera al accidente del genio»; en pocas palabras, el trayecto evolutivo de las sociedades en las que la solidaridad muta de sus formas mecánicas a otra de tipo orgánica, pinta un cuadro pacífico en el que la división del trabajo, al decir de Durkheim, vuelve la lucha por la vida una dinámica «dulcificada».

En segundo lugar, si en el desarrollo durkheimiano de la solidaridad se puede reconocer el papel que ocupa la imitación, no queda sitio en la prosa del joven pensador para pensar la invención (ídem: 625). A tal punto es importante el papel de esta última, que para Tarde gracias a ella es que puede desplegarse la división del trabajo: «Siempre es una invención la que suscita una nueva rama de la actividad, es el empuje que hace avanzar con un nuevo paso la división del trabajo, no sólo en el sentido económico, sino también en el sentido artístico, jurídico, científico de la palabra» (ídem: 628). En tercer lugar, Tarde fustiga con ahínco la preponderancia dada por nuestro autor a la división del trabajo; lejos está de ser «el hecho fundamental de las sociedades [...] la división del trabajo no es ni *socializante*, ni moralizante [...]» (ídem: 628-629 – bastardilla original). En este punto Tarde cuestiona el fondo común que las posiciones durkheimianas comparten con la metafísica spenceriana, en la que el movimiento evolutivo es considerado un progresivo desplazamiento de lo homogéneo hacia lo heterogéneo. Las razones son manifiestas: si la progresiva expansión de la división del trabajo, tal como Durkheim la entiende, implica un desarrollo progresivo de la heterogeneidad social que plasma por interdependencia la propia división, es lógico que Tarde cuestione el principio, puesto que contradice de plano, la lógica imitativa con la que el magistrado describe el funcionamiento elemental de todo fenómeno social. A juicio de Tarde, la llamada solidaridad *orgánica*, signada por las diferencias, precede, en rigor, a la solidaridad *mecánica*, marcada por las similitudes (ídem: 629 n1), al punto que le reprocha que «[...] entre las dos especies de solidaridad social que admite, y de las cuales una sustituiría necesariamente a la otra, [...] parece ilusoria» (ídem: 629). La imitación es la forma elemental que vehiculiza el paso de una a otra, cuya consumación progresiva se plasma al ritmo del avance de la civilización. No es casual que Tarde enfatice con vehemencia los procesos de asimilación y nivelación que muestran nuestras sociedades al compás democrático que trae consigo la extensión del manto

civilizatorio. Con el avance de este último, lejos de ampliarse, las diferencias no dejan de disminuir.

En pocas palabras, los tres señalamientos ponen de manifiesto en qué medida Tarde desconfía del modelo durkheimiano, para el cual las transformaciones de la solidaridad se explican invocando el peso de las «fuerzas sociales, nacidas de la puesta en relación de los individuos, y no directamente sacadas de su corazón [...]» (ídem: 626). La tesis durkheimiana que permitía pensar el crecimiento progresivo de la individuación como resultado del incremento de la división del trabajo, en última instancia, por acción de fuerzas sociales, hacía pensar a su lector crítico que la obra conducía a «bordear el problema del socialismo» (ídem: 632), es decir, la preeminencia del peso activo de la sociedad por sobre el impulso individual.

La *Revue de métaphysique et de morale* fue la contraparte de la *revue* de Ribot. Sale a la luz en enero de 1893 bajo el impulso de sus tres jóvenes fundadores: Xavier Léon (1868-1935), Elie Halévy (1870-1937) y Léon Brunschvicg (1869-1944), nacidos en Paris, agrupados en torno a su profesor de filosofía del Liceo Condorcet, Alphonse Darlu (1849-1921), poseedores de un elevado capital escolar, amplificado por un importante capital de relaciones sociales en el campo intelectual y en el mundo de los asuntos públicos (Fabiani, 1988). Dieron cita a un verdadero colectivo de pensamiento, cuyo objetivo prioritario fue defender cierta concepción de la filosofía a la que creían amenazada, particularmente, por el curso que tomaban los abordajes «científicos» de la *Revue Philosophique*. En esa dirección, el programa de la revista supuso, también, pretensiones más amplias, que repercutieron en cuestiones institucionales.

Fueron los propios Brunschvicg y Halévy los que consideraron la obra de Durkheim, en la sección de la revista titulada como *L'Année philosophique*, bajo la rúbrica *Philosophie Pratique*. En el contexto de una renovación de las preocupaciones teóricas por las cuestiones prácticas (i.e. morales), los autores enfocan la atención en Durkheim y el interés que su primer libro pone en la búsqueda de una «*science de la morale*». Sus consideraciones –breves por cierto— rescatan la reconstrucción durkheimiana de las bases objetivas de esa ciencia y el interés que en ello coloca para el estudio del derecho como fenómeno objetivo que reemplaza al «fenómeno subjetivo de la obligación» (Brunschvicg – Halévy, 1894: 564). Reponiendo cómo Durkheim vincula su funcionamiento con la conciencia colectiva y la sanción, de acuerdo al tipo de derecho que consideremos (represivo o restitutivo), rescatan en qué medida el pensador alsaciano considera al derecho como la expresión objetiva de la moral. De igual modo, también puntualizan cómo causas materiales y mecánicas terminan siendo, en última instancia, la explicación del crecimiento de la división del trabajo («crecimiento de la masa y de la densidad sociales»). Así es que concluyen en que la tesis durkheimiana se presenta como un esfuerzo por «[...] terminar con la obra de Comte y Spencer, por dar a la sociología un valor objetivo y alcance moral [...]» (ídem: 565). A partir de allí, su atención se orienta más centralmente en los basamentos metodológicos que Durkheim presenta en *Les Régles* –para esa fecha sólo publicadas en formato de artículos— y que fijan las bases naturalistas de su posicionamiento teórico. En esta segunda obra advierten cómo los objetivos iniciales perseguidos en la ciencia moral se resuelven a condición de formularlos en términos de normalidad y patología: «[...] la oposición de salud y de enfermedad se reduce a la distinción de lo general y lo particular, y una moral objetiva puede fundarse sobre la idea de salud social» (ídem: 569). En este marco discutirán vehementemente la intención durkheimiana de separar lo

social (sociológico) de lo individual (psicológico), perdiendo con ello la comprensión misma de la génesis de los fenómenos sociales: «Las condiciones que en nombre del mecanicismo científico, se impondrían a la sociología la condenarían a no tener en cuenta la realidad misma de la sociedad» (idem: 570). No casualmente rescatarán a Tarde y su reciente libro *Les transformations du droit*, para pensar, *au contraire*, la dimensión individual del funcionamiento del derecho, que evita, en lo esencial, remitir al individuo inexorablemente a su medio social.

Economía

A lo largo del siglo XIX, el complejo derrotero de la institucionalización de la economía política en Francia dejó a las publicaciones sobre la materia bajo el auspicio de intereses sectoriales, enmarcados en coyunturas signadas por transformaciones políticas en las décadas entre revoluciones. Hasta el decreto de 1877, por el cual se vuelve obligatoria la enseñanza de economía política en todas las facultades de derecho (Le Van-Lemesle, 2004: 282-283), la ubicación institucional de la disciplina quedó refugiada en el ámbito privado; justificado en parte, por la desconfianza liberal hacia las formas de funcionamiento del Estado. Justamente fueron los sectores liberales, en la variopinta herencia que proyectó el pensamiento de Say (1767-1832), junto a cuadros de extracción saintsimoniana, los que dieron forma a la primera publicación de peso en 1841: *Journal des économistes*. En estricta defensa de la libertad expresada en el libre cambio y con claros tintes de admiración hacia las medidas y legislación desplegadas en Inglaterra, sus editores tuvieron también en la *Société d'économie politique* (fundada en 1842) una tribuna para ejercitar esa defensa y combatir a las instituciones estatales, sospechadas por su falta de dinamismo; y asociadas, en la coyuntura, a la herencia del *Ancien Régime*. A partir de 1848 se les sumará un nuevo adversario: la amenaza socialista. A pesar de la simpatía y cercanía con cuadros ministeriales (tal fue el caso de los ministros de instrucción pública Gustave Rouland [1806-1878] y de educación Victor Duruy [1811-1894]), así como del apuntalamiento editorial (Guillaumin), los inicios de la III República trajeron consigo cuestionamientos y debates en torno al alcance y límites del libre comercio.

El lobby-liberal que afianzaba el *Journal* se renovó a partir del contexto republicano con la creación de la *École libre de sciences politiques* y con la fundación de otra publicación: *L'économiste français* (1873). Su editor, Paul Leroy-Beaulieu (1843-1916), se encargó de fijar el marco ideológico liberal de la revista, cuya periodicidad semanal mostraba una finalidad marcadamente práctica, con intención de influir en el curso de la legislación económica imperante gestada en la arena parlamentaria. Con el modelo de *The Economist* en vistas, intentó no sólo nutrir de diagnósticos y análisis prácticos de la vida económica para sus lectores, sino que también aportó ciertos elementos teóricos a la opinión pública; con miras a denostar toda forma de proteccionismo. En ese horizonte, la publicación con un formato híbrido entre semanario y revista, supo cobijar, entre sus preocupaciones, dos problemáticas que alimentaron los debates de las últimas décadas del siglo, como fueron, por un lado, el análisis de las transformaciones demográficas y su impacto en materia de salarios; y por el otro, la defensa de los proyectos de colonización (Le Van-Lemesle, 1996: 107-110). Su difusión acompañó paulatinamente el proceso por el cual la economía comenzó a ser considerada un saber imprescindible para la constitución de un cuerpo de administradores estatales y altos

funcionarios. No es casual que ese diagnóstico fuera irrigado nuevamente por un modelo foráneo como el alemán y sus facultades de ciencias cameralistas (Le Van-Lemesle, 1986: 231). No obstante, a pesar de esa paulatina incorporación a los cursos universitarios, llegando incluso a constituirse como asignatura obligatoria dentro de las carreras de derecho, sus contenidos seguían siendo impartidos por especialistas en leyes y no por expertos en la temática, cuestión que rubricaba la todavía marginal posición que detentaba en esas casas de estudios.

En sus páginas, la reseña de Gustave Du Puynode (1817-1898?) reconocerá la seriedad, meditación y buena escritura que encierra la tesis durkheimiana (Du Puynode, 1893: 288). No obstante, puntualizará que frente a la multiplicidad de temas tratados, controversias referidas y acumulación de citas, su lectura podría mostrarse dificultosa y encontrar, en consecuencia, pocos lectores. Reconociéndolo como discípulo de Spencer, el economista liberal rescata el corazón metodológico de la tesis: «tratar a los hechos de la vida moral según el método de las ciencias positivas». A partir de allí, el autor plantea una particular síntesis, que pone de manifiesto el registro conceptual en que es evaluada la obra, patente en esta sentencia: «Durkheim demuestra que las ideas y las prácticas, de cualquier orden que sea, religiosas, políticas o de otro tipo, pasan constantemente del comunismo o del carácter comunista al individualismo, a medida que se desarrollan las sociedades [...]» (ídem: 289). Esta «marcha constante de la humanidad, del comunismo hacia el individualismo, de la tiranía hacia la libertad» que a juicio del autor la tesis describe, es la «ley más grande de la historia» (ídem) que ningún escritor dio más a conocer que Herbert Spencer, y del cual Durkheim no sería más que un continuador. Por esa razón, Du Puynode reconoce en el autor a un «partidario de la libertad» que a menudo intenta mostrar «que los principios socialistas o comunistas son la negación del progreso y de la historia» (ídem), aunque finalmente la propia argumentación durkheimiana termine contradiciéndose en el curso de su exposición. A su juicio, es difícil sostener —como lo haría Durkheim— que más allá del ámbito económico, donde los individuos en mutua dependencia se vuelven librecambistas, se pueda pensar que en los ámbitos religiosos o políticos se vea triunfar cada vez más al individualismo, cuando va acompañado de la extensión del comunismo (ídem: 290). De igual modo, nada más contrario a esa expansión individual que los reclamos de regulación por los que brega Durkheim, en el Libro III, para evitar las formas anormales de la división del trabajo. En esa necesidad, Du Puynode ve «la completa negación de los principios fundamentales de la economía política, como la negación de la experiencia y de la observación, únicas bases científicas [...]» (ídem: 291).

Ahora bien, frente al predominio cuasi-monopólico de la enseñanza en manos de referentes liberales, al interior de una trama específicamente ligada a la formación de juristas y abogados, la necesidad de autonomizar la disciplina surgió de referentes más jóvenes y más distantes del dogma liberal. Con la aparición de la *Revue d'économie politique* (1887), Charles Gide (1847-1932) emerge como figura emblemática de una publicación que intentó conciliar múltiples objetivos, bajo una heterogénea dirección que compartió con Edmond Villey (1848-1924), Léon Duguit (1859-1928) y Alfred Jourdan (1823-1891). La dirección del primero logró exitosamente integrar nuevas teorías y nuevas doctrinas, sumando el apoyo de otras disciplinas, con miras a conformar un programa de corte reformista con matices proteccionistas (Villey), cooperativistas (Gide) y solidaristas en materia de derecho (Duguit), y en donde también se permitió integrar perspectivas liberales como las de Léon Walras (1834-1910). Ese mismo

deseo se explicita en el programa que sucintamente abre el primer número reconociendo que la revista «no será el órgano ni de una personalidad ni de una escuela. Estará abierta libremente a todas las doctrinas, recibirá por igual todos los estudios de ciencia social, con la única condición que esos estudios se encuentren inspirados únicamente por el estudio científico y que repudien toda violencia de lenguaje y todo ataque contra personas» (Gide-Villey-Jourdan-Duiguit, 1887: 2). La apertura (doctrinal) que la misma dirección condensaba en sus cuatro referentes, se plasmó efectivamente en la convocatoria a los colaboradores. Declaradamente internacionalista –al menos en los primeros veinte años—los aportes de los autores alemanes y austriacos superan, incluso, a los de los propios nacionales, y con ellos se harán palpable, en particular gracias a los referentes de la escuela histórica (Schmoller), las posiciones críticas frente al *liberalisme sauvage* despuntado en la publicación antes referida. Gide veía a Francia atrasada en materia de ciencia económica, y los alemanes no dejaban por entonces de renovar, discutir y actualizar el legado de los clásicos. No es casual que, en parte, ese espíritu refleje una aspiración política común; como fue emular, en tierras francesas, el modelo social teutón de protección laboral y justicia social con intervención estatal.

En los lineamientos de la revista, la reseña de Henri Saint-Marc (1855-1896) comienza poniendo en duda las virtudes de la sociología como ciencia del futuro con pretensiones de englobar al conjunto de las ciencias sociales (Saint-Marc, 1893: 863). A partir de allí, repone con cierto detalle la caracterización durkheimiana de los dos tipos de solidaridad y remite la exposición a los dos tipos sociales (militar e industrial) que Spencer había detallado con antelación, mojones fundamentales con que el pensador inglés describía el trayecto evolutivo de las sociedades. En ese marco destaca como Durkheim contradice la conclusión spenceriana, a saber, niega que en ese trayecto el papel del Estado disminuya en paralelo al desarrollo del individuo; por el contrario, la intervención estatal crece al transformarse, a la par que la «personalidad se incrementa a medida que el individuo está más integrado» (ídem: 865). Así es como el lector crítico enfoca su atención al modelo explicativo ofrecido por Durkheim para exponer esas transformaciones sociales, reponiendo brevemente sus reflexiones sobre el crecimiento del volumen y la densidad poblacional. Desde allí extrae una conclusión de peso: «son los cambios en la sociedad las causas principales de los cambios individuales» (ídem: 867). Con buen tino y a pesar de tener sus intereses teóricos centralmente enfocados en la economía, Saint-Marc reconoce que la crítica de Durkheim al naturalismo spenceriano permite justificar que la «[...] filosofía espiritualista tiene razón en resistir a la psico-fisiología, puesto que la mayor parte de los fenómenos psíquicos no deriva de causas orgánicas sino de causas sociales; sólo que para esta parte, precisamente, deberá ceder el paso a otra ciencia positiva que podría llamarse socio-psicología» (ídem: 867). En este aspecto fundamental, la reseña valora el trabajo mostrado en los dos primeros tercios de la obra, opinión que cambia para la última parte dedicada a las «formas anormales de la división del trabajo». Con ese diagnóstico que alumbra la porción más práctica del libro, Saint-Marc encuentra la mayor debilidad de la propuesta: se hace muy difícil pensar que un nuevo conjunto de normas pueda gestarse para corregir los desarreglos de la relación capital-trabajo que el industrialismo trae consigo: «Si la religión se marcha, si el patriotismo se marcha, si el respeto a la autoridad se marcha, dudamos mucho que las diversas morales profesionales logren hacer una moral de intereses, pues hay que llamarla por su nombre, lo suficientemente armoniosa como para sustituir la antigua moral

que tenía su origen en la comunidad de sentimientos» (ídem: 869). Si a esta confianza durkheimiana se suma la exigencia de que esa coordinación producto de la nueva regulación se alcance de manera espontánea, el lector no cree que eso sea viable pensando simplemente en la abolición de instituciones vigentes tales como la herencia. En último término, la reseña concluye que Durkheim como autor ha abordado las cuestiones del derecho y de la economía priorizando una mirada de filósofo, en detrimento de la del economista o del jurista.

La Revue Socialiste

En las antípodas ideológicas del *Journal* se hallaba la *Revue Socialiste*, dirigida por Benoît Malon (1841-1893) desde su fundación en 1885. De modo similar a las anteriores publicaciones, el propio Malon convocaba de manera amplia a los futuros colaboradores de la *Revue*, aunque dejando constancia del norte político que animaba la empresa. En la presentación del primer número, advertía: «[...] no será el órgano ni de un hombre, ni de una secta, ni siquiera de un partido; será el hogar en el que converjan todas las ideas de reforma y de transformación social que, bajo la presión de las necesidades políticas y económicas, agitan tan trágicamente nuestra época. Porque es tiempo de despejar la elaboración socialista de todos los accidentes de rivalidades personales, ambiciones particulares, fanatismo de escuela, intrigas de secta, contienda furiosa de partidos que tanto han obstaculizado hasta aquí» (Malon, 1885: 1). El objetivo de la *Revue* era la promoción y el desarrollo renovado de las fuentes francesas del socialismo, en especial el moderno socialismo que Malon denominaba *colectivisme*. Con este término Malon y sus seguidores reconocían la etapa moderna del socialismo internacional. En una filiación que superaba la mera remisión a Marx, Malon retrotraía a Constantin Pecqueur (1801-1887) el expositor primigenio de esta perspectiva, cuya actualización por vía de Louis Blanc (1811-1882) y Jean-Hyppolyte de Colins (1783-1859) había logrado proyectarse, en especial gracias a César de Paepe (1841-1890) a los congresos de la Internacional de los Trabajadores, desde donde alcanzó difusión y reconocimiento (Bellet, 2018: 1164). Para sostener esa perspectiva se creía necesario distanciarse tanto del socialismo alemán enmarcado en la obra de Marx (al que en realidad se buscaba integrar en una perspectiva más amplia con referentes galos), como de la vertiente vernácula equivalente, que promovía Jules Guesde (ídem: 1156).

La reseña del bibliotecario y jurista Georges Platon (1859-1917) publicada en 1894 en la *Revue* deja constancia minuciosa del desarrollo propuesto en el libro de Durkheim, autor al que define, poniendo en aviso al lector, como filósofo. A su juicio, de ello no puede esperarse más que el recorrido de un pensar que, ocupado por los *cómo* y los *porqué*, no puede sino acomodarse a la realidad, en donde «su sagacidad ha sido constantemente saber aceptar lo inevitable [...]» (Platon, 1894: 314). Así caracterizado, bajo una figura que opera en desmedro de la perspectiva *reformista* que mueve la mirada y espíritu de la *Revue*, Platon define a Durkheim –irónicamente, por cierto— como un colectivista. El particular colectivismo durkheimiano no consiste, en: «[...] la realización consciente y querida de la organización social, dados los antecedentes históricos, la mejor; el triunfo –pasajero— luego de muchos esfuerzos y sufrimientos, luego de muchos sacrificios de generaciones pasadas, el triunfo pasajero de los buenos instintos del hombre sobre los malos. El colectivismo para M.D. es lo inevitable, lo necesario, un momento de la evolución frente al cual el Pensador se inclina»

(ídem: 316). Buena parte de la reseña medita sobre las distintas consecuencias que emergen de este señalamiento. A pesar del seguimiento de los detalles de la exposición durkheimiana, Platon es contundente en la síntesis sobre lo que, a su juicio, la obra ofrece: «La ley moral de los tiempos modernos es la perfecta realización de la división del trabajo. La sociedad sólo existe por la mutua dependencia de sus partes; el problema moral es hacer esta dependencia recíproca lo más perfecta posible» (ídem: 316). Es justamente esta dependencia la que, lejos de ser deseada, es sufrida como coercitiva. Aquí es donde Platon enfatiza cómo frente a la mirada del economista que podría esperarse como sostén del trayecto de análisis, Durkheim plantea «la del psicólogo, o si se prefiere mejor, la del sociólogo» (ídem: 318), a saber, aquella que postula una moral de base naturalista que impulsa todo el movimiento de la sociedad. Así es como aún valorando de forma positiva la distancia que Durkheim toma del individualismo de Spencer (ídem: 321), Platon llama la atención vehementemente sobre los límites que impone la visión durkheimiana de la división del trabajo, como una ley cuya fortaleza y exigencia se impone desde el propio funcionamiento de la naturaleza: «Si la organización del trabajo no es más que un efecto mecánico del crecimiento de la densidad. Las cosas son fatalmente lo que son. De ninguna forma, el hombre por sus *posibles* previsión y bondad puede evitar el duro empuje de las cosas. No hay ciencia *práctica* del hombre individual, ni moral, ni moralidad, ni política. ¿Cómo podría el hombre enfrentarse a la inevitabilidad de las cosas?» (ídem: 327). En esa suerte de destino de base natural que parece imponerse en la concepción durkheimiana, Platon se pregunta porqué es necesario aceptar sólo como real a ese hombre orgánico «animal al que Durkheim llama, admitámoslo, *hombre sociológico*» (ídem: 330). A su juicio, no hay razones para extender esa «supuesta ley sin significación práctica» (i.e. la división del trabajo) destinada a explicar hechos de un orden inferior. Más aún, cuando su mera aceptación podría limar toda intervención destinada a bosquejar un cambio de índole político y social, antes que una mera adaptación normalizadora.

Sociología

La labor de René Worms (1869-1926) daba origen a una trama de instituciones para la formación y desarrollo de la sociología, de la mano de un importante trabajo de difusión editorial, tanto por medio de la *Bibliothèque Sociologique Internationale* como de la *Revue internationale de sociologie*. La creación de esta última en 1893 intentó congregiar aportes con miras a fijar ciertas bases epistemológicas con las cuales robustecer los delgados, cuando no difusos, marcos de la sociología frente a las otras ciencias ya existentes. Los modelos a la vista de los que se valió eran la *Revue* de Ribot y la *Revue d'économie politique*. Pudimos advertir cómo en las páginas de estas últimas, como de tantas otras, distintos fenómenos sociales eran abordados con la intención de desplegar un estudio específico desde un ángulo teórico que se presentaba con pretensiones de exclusividad. Ese mismo reclamo lanzará Worms —ahora en términos sociológicos— en el número inicial de la publicación, advirtiendo la importancia y centralidad de las *questions sociales*.

El programa de la revista se propone revertir el infortunio de que «esas cuestiones a menudo sólo son tratadas con los arrastres y los prejuicios irreflexivos del espíritu político». El camino de «aplicar exclusivamente los severos procedimientos de la ciencia» estará orientado a «reunir los hechos sociales para ayudar a descubrir sus leyes». El tenor de la convocatoria rememora

ciertamente el que viéramos de Ribot, cuya consideración *in extenso* resulta ilustrativa. Así es como partiendo de la base de que «[...] nuestro campo de observación será tan amplio como sea posible [...] Hacemos un llamado a todas las buenas voluntades, contando con abrir ampliamente nuestras columnas a todas las ciencias y a todas las escuelas. A todas las ciencias, puesto que no hay ninguna cuyos resultados no interesen a la constitución y al desarrollo de las sociedades. A todas las escuelas, porque si no nos proponemos seguir ninguna línea dogmática exclusiva, no obstante recibiremos de buen grado los ensayos de explicación o incluso los proyectos de reforma que se nos envíen, con tal que estén apoyados sobre hechos escrupulosamente observados y descritos» (Worms, 1893: 1-2). Queda claro que el registro aperturista de la convocatoria se replica en términos muy similares a los de la *Revue philosophique*. De todas formas, frente a semejante amplitud resulta cuando menos complicado dar cuenta de cuál es la especificidad de la nueva ciencia. No deja de ser inquietante que en ese escueto programa, Worms no hable de «sociología» sino de «ciencia social».

Antes que una reseña, la de Worms se asemeja más a una notificación ampliada del libro de Durkheim que a un análisis detenido. No obstante, las consideraciones allí vertidas reparan en un marco contextual que apunta a valorar los avances y desarrollos en el campo de la naciente sociología. No sólo rescata que el libro fuera el resultado de una defensa previa como tesis doctoral (circunstancia a la que caracterizó como «una suerte de acontecimiento en el medio universitario» [Worms, 1893: 359]) sino que también la pone en serie con la obra que Alfred Espinas (1844-1922) había defendido, también como tesis, quince años antes: *Les sociétés animales*. De igual modo, Worms pondera los antecedentes durkheimianos expuestos en las contribuciones previas publicadas en la *Revue* de Ribot, así como su desempeño docente en Bourdeaux al frente de un curso de ciencia social. Recalando en la prioridad concedida por el autor a la centralidad del punto de vista moral, acentuando que su abordaje no recrea una mirada de economista, Worms repone someramente las consideraciones durkheimianas sobre la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica, enfatizando el carácter cohesivo que la división del trabajo proyecta, frente a la desaparición de las antiguas formas de integración social. Al igual que en otras reseñas, Worms también advierte el paralelismo entre las formas de solidaridad y el trayecto evolutivo que describe Spencer, aunque también salva las diferencias que separan a ambos autores, reconociendo de paso, los aportes de otros contemporáneos que también se palpan en la tesis, como son los de Rudolf von Ihering (1818-1892), Alfred Fouillée y Gide. En pocas palabras, Worms saluda la obra y su valía, haciendo un especial énfasis en las cualidades de la defensa que supuso previamente como tesis, reconociéndola como un aporte que nutre la sociología, en una dirección teórica próxima a la que su propia revista intenta roturar.

Derecho

En enero de 1894 salía el primer número de la *Revue du droit public et de la science politique en France et à l'étranger*, en un tiempo en el que, al igual que otras disciplinas, los estudios sobre el derecho bregan por alcanzar cierta autonomía y legitimidad, en especial en lo que atañe a las ramas administrativa y constitucional, estimuladas, claro está, por la nueva experiencia republicana. En esas ramas venían destacándose nombres propios de peso como Léon Duguit, Adhémar Esmein (1848-1913) y Maurice Hauriou (1856-1929), quienes entre

1882 y 1896 habían publicado varias obras de trascendencia local e internacional sobre el Estado y la sociología jurídica, el derecho constitucional y finalmente, el derecho administrativo y público respectivamente. Fundada y dirigida por Ferdinand Launard (1853-1942), en los diez años que estuvo bajo su liderazgo, la revista –tal como rezaba su título– conjugaba las preocupaciones estrictamente jurídicas con las que atañen a la ciencia política. En el programa del número inicial, Launard afirmaba: «En efecto, para tratar las cuestiones del derecho constitucional, del derecho administrativo, incluso el derecho internacional, es preciso ser jurisconsulto. Es necesario haber hecho un estudio profundo del derecho [...] Pero no sucede lo mismo con la ciencia política, y la ciencia política me parece un complemento indispensable de los estudios de derecho público. El derecho nos dice lo que es, cómo está organizado el Estado, cuál es su estructura, cuáles son las funciones que cumple y cómo las cumple. La ciencia política nos enseñará cómo es necesario que sea organizado el Estado, cuáles son las funciones que es deseable que cumpla, y cuáles son las tareas que debe rechazar en una sociedad determinada» (Launard, 1894: 3). Así es como Launard sumaba, curiosamente, una dimensión especulativa y deontológica al análisis del derecho, aunque la revista, en lo esencial, concentrara el estudio del derecho constitucional, administrativo, la organización judicial, el derecho de los individuos tanto como el del Estado, la legislación financiera y de igual modo, el derecho internacional. Como afirma Le Divellec (2011: 524), es probable que esta concepción del derecho y la ciencia política que conjuga la *Revue*, intentara afianzar el lugar de los juristas en las ciencias del Estado, frente a las ambiciones de la joven *École libre des Sciences politiques*. En boca de su mentor, Émile Boutmy (1835-1906), las visiones de los juristas eran incompatibles con la mirada histórica desde las cuales la *École* se proponía desplegar el estudio del derecho, valiéndose de disciplinas anexas, evitando los abordajes puramente exegéticos de aquéllos.

La reseña de Maurice Hauriou de *La división* que apareció en el primer número se desplegó tomando en consideración también dos obras de Tarde: *Les lois de l'imitation* (1890) y *Les transformations du droit* (1893). El título que las integra es elocuente: *La crise de la science sociale*. En la mirada de su autor, la andanada naturalista que venía atravesando las distintas formas de la ciencia social, desde la economía hasta la sociología, comienza a dejar paso a la revisión de la cuestión moral. Tanto Tarde como Durkheim, en las obras de referencia, aparecen como expresión de un tiempo en el que la preocupación por la reflexión sobre la moral se hace protagónica. Apoyando claramente las posiciones de Tarde, Hauriou pone en cuestión el tratamiento dado a la división del trabajo en términos de solidaridad orgánica y sintetiza de este modo la conclusión de su lectura: «[...] puesto que en las sociedades orgánicas que son las más civilizadas, la división del trabajo sigue siendo la única fuente de solidaridad, es una cosa esencialmente moral y el deber de cada uno es especializarse» (Hauriou, 1894: 315). A su juicio, la distinción entre sociedades cuya organización es segmentaria (clanes) y las sociedades orgánicas es inapropiada. En su opinión es necesario tomar en consideración que no es lo mismo hablar de una división del trabajo en términos de imposición profesional, aspecto que recupera la visión de las ciencias naturales, en la que la diferenciación funcional entre los órganos entraña diferencias profundas de estructura, que de una división del trabajo más libre que le permite al hombre mantener su condición, es decir de semejanza con otros hombres. En la mirada de Hauriou –que es muy próxima a la de Tarde– la similitudes sociales no sólo no

disminuyen con la división del trabajo, sino que aumentan con ella (ídem, 316). Los errores de las posiciones durkheimianas las imputa a dos causas: «[...] la primera es la desafortunada hipótesis evolucionista que sostiene que el mundo marcharía de la homogeneidad primitiva a una diversidad creciente, lo que entrañaría la desaparición de las similitudes, hipótesis que nada la justifica; la segunda es la interpretación inexacta de la historia del Derecho penal» (ídem: 317). En esta segunda causa Houriou argumenta en términos similares. Si bien es acertado, como lo hace Durkheim, establecer una diferencia entre derecho represivo y restitutivo, es importante advertir que el derecho penal no siempre implica que su funcionamiento y aplicación se plasma en grupos sociales donde prima la similitud. Por el contrario, para el jurista, el derecho penal identifica en el crimen otro al que distingue del resto del grupo por su particular accionar (ídem: 318). Del mismo modo, el apaciguamiento de las penas de las que Durkheim habla a partir de la preponderancia creciente del derecho restitutivo, supone más el crecimiento de las semejanzas que el de las diferencias. A partir de este trazado crítico de cuño tardeano, contundentemente, Hauriou concluye que a la hora de analizar la moral: «[...] cabe decir, mucha sociabilidad y poca división del trabajo. Y si consideramos que la división del trabajo conduce casi inevitablemente a la complicación de la estructura del Estado, diremos: sociabilidad y no socialismo» (ídem: 321). Si se quiere rescatar el punto de vista de la sociología, Hauriou afirma que se debe salvar una mirada que no descuide el punto de vista individual. El riesgo del abordaje durkheimiano se vuelve evidente y lo cuestiona con vehemencia al cerrar su reseña en estos términos: «El precepto moral de la sociología es: seamos hombres; y no, fabriquemos una máquina social» (ídem: 321).

A modo de conclusión

A muy poco de editada como libro *La división del trabajo social* dio paso a la publicación en 1894 de los artículos de las *Règles de la méthode sociologique*, cuya factura al año siguiente como libro intentaría dejar en claro cuáles son los preceptos metodológicos de un verdadero comportamiento científico para el estudio e investigación de los hechos sociales. Algunas de esas líneas habían sido esbozadas en la *Introducción* original de la tesis; Durkheim limó en *Les Règles* los resabios de discusiones filosóficas de contexto, justificadas para defender ante un jurado de una tesis en filosofía, pero algo costosas para sostener la autonomía de la nueva ciencia. Las reseñas que el primer libro suscitó, pusieron de manifiesto varios registros particulares de lectura que volvían tangible los términos de la tensión entre socialismo e individualismo, en su valía tanto teórica como política. Si la sociología venía a ofrecer un abordaje científico de una cuestión moral, y para ello era necesario repensar el estatus fundante que el individuo daba a la sociedad, las miradas como las de Tarde y Hauriou llamaban la atención sobre el riesgo de limitar con ello el lugar del individuo, su libertad y protagonismo en los fenómenos sociales. Las perspectivas liberales no ajenas a estas últimas, como la de Du Puyode veían un temor adicional: la huella del avance del Estado detrás de los correctivos en materia de regulación que reclamaban las formas anormales de la división del trabajo. Frente a ello, la mirada de los filósofos alertaba sobre las consecuencias de subsumir a un prisma naturalista los vectores de la moral, los riesgos que ello entraña para la libertad y los límites que impone el determinismo del medio social. Las miradas socialistas, en las antípodas, veían

en ese mismo naturalismo de base, aún bajo la pretensión de una comprensión científica, los riesgos de un inmovilismo complaciente con un estado de cosas cuyo horizonte de reforma y transformación sólo podía limitarse a los correctivos, que una intervención práctica de cuño medicalista podía ofrecer. El beneplácito de la mirada de la joven sociología y de una perspectiva económica heterodoxa se amparaba en el camino que la indagación del joven Durkheim abría de cara al futuro.

Las tensiones teóricas y políticas que corporizan las reseñas son, en buena medida, el reflejo y expresión de los mismos asedios que vivía la tercera experiencia republicana en Francia. Enfrentando por igual las posiciones del liberalismo y el socialismo, frente a los no pocos intentos de retornar a las bases imperiales, sus dirigentes vieron en la educación y en el desarrollo de la ciencia un dúctil respaldo para superar, con visos de objetividad, los dilemas prácticos que, al calor de los vaivenes revolucionarios, asolaban las experiencias nacionales desde la Gran Revolución. La *solidarité* es la noción detrás de la cual Durkheim creyó posible evitar la dicotomía individualismo-socialismo, apuntalando ambas con fundamentos científicos, despojándolas de sus connotaciones doctrinales más extremas. El individuo moderno sólo puede realizar su libertad siendo conciente de los límites que imponen la interdependencia en que lo sumen las tramas de relaciones sociales complejas que teje la división del trabajo social. La sociedad no puede gestionar su funcionamiento estable, armónico, sin advertir con ello que las voluntades individuales deben coordinar su accionar en un nuevo marco de regulación. El paso de los años le mostraría a Durkheim que era necesario pensar en la recreación y estímulo de nuevas formas de agrupación para contener esa diversidad centrífuga que el propio proceso genera. A pesar de los desplazamientos teóricos que expresará en su prosa con el cambio de siglo, seguirá fijando su confianza en los aportes que la ciencia puede ofrecer para evitar las marchas y contramarchas que habían signado las experiencias colectivas del siglo XIX. Frente a las limitaciones del individualismo y el socialismo en sus proyecciones teóricas y prácticas, la *sociología* buscaría un sendero propio con pretensiones superadoras.

Bibliografía:

BELLET, Michel (2018): «The reception of Marx in France: *La Revue Socialiste* (1885-1914)», *The European Journal of the History of Economic Thought*, 25: 1154-1199.

BRUNSCHVIG, Léon – HALEVY, Élie (1894): «L'année philosophique 1893», *Revue de métaphysique et de morale*, 2: 563-590.

DU PUYNODE, Gustave (1893): «Émile Durkheim. De la division du travail social (reseña)» *Journal des économistes* 52 (15): 287-292.

DURKHEIM, Émile (1885a): «Schaeffle, A., Bau und Leben des sozialen Körpers: Ester Band (reseña)», *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 19: 84-101.

DURKHEIM, Émile (1885b): «Fouillée, A., La propriété sociale et la démocratie (reseña)», *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 19: 446-453.

DURKHEIM, Émile (1887): «La Science positive de la morale en Allemagne», *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 24: 33-58, 113-42, 275-84.

DURKHEIM, Émile (1992) [1928]: *Le socialisme*, París: Presses Universitaires de France.

DURKHEIM, Émile (1993) [1893]: *La división del trabajo social*, Madrid, Planeta Agostini.

- FABIANI, Jean-Louis (1988): *Les philosophes de la République*, París: Editions Minuit.
- GIDE, Charles – VILLEY, Edmond – JOURDAN, Alfred – DUGUIT, Léon (1887): «Notre programme», *Revue d'économie politique*, 1: 1-2.
- HAURIOU, Maurice (1894): «La crise de la science sociale», *Revue de droit public et science politique*, 1: 294-321.
- LAUNARD, Ferdinand (1894): «Notre programme», *Revue de droit public et science politique*, 1: 1-14.
- LE DIVELLEC, Armel (2011): «La fondation et les débuts de la Revue du droit public et de la science politique (1894-1914)», *Revue du Droit Public et de la Science Politique en France et à l'étranger*, 2 : 521-553.
- LE VAN-LEMESLE, Lucette (1986): «De la Société d'économie politique aux Facultés de Droit : caractères et paradoxes de l'institutionnalisation de l'économie politique en France au XIX^a siècle», *Æconomia*, 6: 223-237.
- LE VAN-LEMESLE, Lucette (1996): «Nineteenth Century Economic Reviews in France», *History of Economic Ideas*, 4 (3): 103-118.
- LE VAN-LEMESLE, Lucette (2004): *Le juste ou le Riche. L'enseignement de l'économie politique 1815-1950*, París: Comité pour l'histoire économique et financière de la France.
- MALON, Benoît (1885): Entrée en ligne. *La Revue Socialiste*, 1: 1-5.
- MAUSS, Marcel (1992) [1928]: Introduction. En DURKHEIM, Émile (1992) [1928].
- PLATON, Georges (1894): «La division du travail et la civilisation (reseña)», *La Revue socialiste*, 19: 314-331.
- RIBOT, Théodule (1876): «Préface», *Revue Philosophique*, 1: 1-4.
- ROSANVALLON, Pierre (2004): *Le modèle politique français. La société civile contre le jacobinisme de 1789 à nos jours*, París: Éditions de Seuil.
- SAINT-MARC, Henry (1893): «Émile Durkheim. De la division du travail social (reseña)», *Revue d'économie politique*, 7 (9/10): 862-870.
- TARDE, Gabriel (1893) «Questions sociales», *Revue Philosophique de la France et de l'Etranger*, 35: 618-638.
- WORMS, René (1893): «Émile Durkheim. De la division du travail social (reseña)», *Revue internationale de sociologie*, 1 : 359-361.
- WORMS, René (1893): «Notre programme», *Revue internationale de sociologie*, 1 : 1-3.